

EL HOMBRE EN LA MONTAÑA, de *Edgardo Garrido Merino*

La novela «El hombre en la montaña» de Edgardo Garrido Merino ha tenido un clamoroso y suculento éxito literario, pues ha sido elogiada por prestigiosos escritores españoles y chilenos, agotándose para con ella y su autor los adjetivos ditirámicos; y ha obtenido en el país dos premios literarios de no pequeña cuantía: el Premio Italia y el premio instituido por la Municipalidad de Santiago. Antecedentes son éstos que predisponen el ánimo del lector en favor de la obra, y así fué como iniciamos su lectura, los primeros capítulos nos sorprenden: es una novela escrita en una prosa impecable, riquísima la adjetivación, la frase amplia, rítmica, sin caer en la rotundidad oratoria. Una novela como no la escrito jamás un chileno; pensamos, luce su autor una cultura clásica poco común en nuestros escritores. Las costumbres aragonesas y el paisaje montaños del Alto Aragón, donde acaccen los hechos novelados, son descritos por Garrido Merino con un colorido llameante y en sus detalles esenciales, sin recluirse en el costumbrismo lugareño; sus evocaciones están lo suficientemente aireadas como para que respiremos el ambiente vital de las montañas. No se pierde en difusas descripciones, coge lo esencial, lo típico, y con ello traza rasgos endebles como agua fuerte.

Pero, poco a poco debemos confesarlo con franqueza, no obstante se nos califique de irreverente, nuestro interés por la lectura de esta obra iba decayendo a medida que volteábamos las páginas, sea porque una prosa tan ricamente ataviada nos parecía un lujo exagerado, como el del nuevo rico que desea a toda costa exhibir sus riquezas y derrochar el dinero, porque el interés novelesco desaparecía ahogado por ese tubión de retórica un tanto arcaizante que ha encontrado en Ricardo León su expresión más acabada. Insuperable novela académica la del Sr. Carrido Merino; de ahí que estimemos justos los pre-

mios que ha obtenido. Pero no siempre, creemos, lo académico, la atildada corrección, el trabajo de lima y pulimentación, que en el caso del Sr. Ricardo Merino linda con el preciosismo, aporta a la novela una efectiva valoración estética. Pérez Galdós y Pío Baroja, los más altos exponentes, a nuestro juicio, de la novela española contemporánea, descuidan el estilo y no se entretienen en trabajos de orfebrería; les preocupa más la calidad humana de sus creaciones y la espontaneidad y sencillez del lenguaje, ya que lo académico tiene mucho de pedantesco y forzado, como hecho por receta, porque, como dice Baroja: «las fórmulas viejas de relleno, usando una retórica altisonante, es cosa que se puede aprender, como se aprende a hacer un par de zapatos».

«El hombre en la montaña» es una novela *literaria*, confeccionada con todos los recursos e ingredientes que aconseja la preceptiva. Por eso, estimamos que en esta obra el aspecto meramente novelesco ocupa un segundo plano; más que el deseo de pintar personajes, parece que ha habido el de hacer una regia prosa, como para ser leída en voz alta. De ahí que algunos personajes nos resulten inconsistentes en su psicología y artificiales sus rasgos humanos; el mismo héroe Andrés Lucena, con su incógnita bondad y con la dulcedumbre de su carácter, nos parece ingenuo, una especie de Cristo de Elqui. Lorenzo, que figura como su antítesis, es, a nuestro juicio, la mejor creación de esta novela; es él que merece, a la postre, nuestras simpatías, a pesar de su rudeza y tosudez; por eso, seguramente, que Agustina prefirió casarse con éste y no con Andrés, a quien encontraría demasiado bueno sin esas pasiones fuertes y primitivas que son propias del hombre de la montaña.—MILTON ROSSEL.

